

aplastados, quemados, traspasados á punta de sable ó bayoneta? Rendición, no había que proponerla; nuestra acogida al parlamentario era razón suficiente para que nos trataran de igual manera; había, pues, que resignarse á morir en justa represalia, sin poder elegir siquiera entre aquellas muertes espantosas. Nadie hablaba, nadie disparaba, nadie hacía comentarios; los heridos eran los únicos que pedían agua, agua que les refrescara las fauces, agua que les curara las heridas, agua sin cesar...

De repente apareció en la puerta de la sacristía un hombre rojo por el fulgor de las llamas, envuelto en un zarape rojo, montado en un caballo colorado, con las barbas hirsutas, el cabello al aire, la cara congestionada, el sombrero en la mano, la voz potente y tremenda que parecía el silbar de una bala.

— ¡Escuchen ustedes!... gritó. ¡Ya todos somos amigos!... ¡Viva la libertad!

Era Régules, el jefe de los republicanos, que venía á ofrecernos, en recompensa de nuestra felonía, del maltrato á su familia y del riesgo en que la habíamos puesto, la vida, la dulcísima vida, lo que en aquellos instantes preferíamos á todos los bienes.

Ignoro cómo Régules no murió atravesado por diez bayonetazos; ignoro cómo se atrevió á penetrar en aquel horrible recinto; lo que sé es que el subteniente Walton,



D. Nicolás Régules.

que estaba cerca de la puerta, alzó la pistola y la disparó gritando furiosamente:

— ¡Cuidado, no hay que rendirse; es un ardid de guerra!

Afortunadamente el capitán Miñón desvió el arma y preguntó á Régules en español:

— ¿Cuáles son las condiciones?

— Capitulación honrosa, contestó el jefe chinaco.

Ya era algo; ya era mucho; era lo que pedía el rey caballero: la vida y la honra.

Fuimos saliendo poco á poco, con el arma al brazo, heridos, sin fuerzas y sin bríos, pero gozosos por haber cumplido con nuestro deber. Un batallón de republicanos nos cogió entre filas y así salimos de la plaza de Tacámbaro. En el momento en que dejábamos la sacristía nos sorprendió un ruido inaudito; peñascos desprendidos de la altura, chispas, polvo y estrépito horrible nos hicieron saber que se acababan de derrumbar la iglesia y la sacristía en que habíamos estado refugiados.

En mi larga vida he visto cosas tristísimas, cosas que todavía ahora me causan espanto; pero no recuerdo haber presenciado nunca cuadro semejante al de Tacámbaro en aquella histórica mañana. Los habitantes habían huído ó estaban ocultos; las casas estaban abiertas; el incendio y la destrucción se habían enseñoreado de todo; había cadáveres regados en toda la plaza, en los rincones de las calles, en los vanos de las puertas; cadáveres que habían

dirigido al cielo su postrera mirada, ahora vidriosa y petrificada; cadáveres que estaban como durmiendo un sueño dulce y plácido; cadáveres acostados en las posiciones más raras é inverosímiles, empuñando aún el arma con mano crispada, en ademán de disparar ó de hurtar un golpe... Una soldadesca ebria y brutal, con los fusiles preparados, la blasfemia en la boca y la amenaza contra todo el que se opusiera á lo que ella deseaba; unas harpías que nos amenazaban con el puño y nos denostaban rabiosamente, blandiendo cuchillos y piedras, y por todas partes confusión, gritos y escándalo. Apenas nos vieron aquellos furiosos, empezaron á vociferar con todas sus fuerzas:

— ¡Mueran los belgas!

— ¡Que les fusilen!

— ¡Que les diezmen!

— ¡Que maten á los jefes!

— ¡A todos!

— ¡Que maten á los que pusieron en la trinchera á la mujer del general!

— ¡Y á sus hijitos!

— ¡Bandidos! ¡Ellos sí que son bandidos! gritaba una vieja con voz de pito de calabaza.

— ¡Al palo!

Ya se nos acercaban, ya sentíamos las manos sucias y callosas cerca de nuestros rostros; ya mirábamos levantarse muchos garrotes, muchas lanzas, muchos mosquetes

contra nosotros, cuando vimos aparecer á la entrada de la plaza á la señora Régules, á la pobre madre que tan serio peligro había corrido por nuestra culpa. Paseó sobre nosotros su mirada llena de paz y de perdón, nos miró víctimas de la inquina de aquel pueblo brutal, y dijo con dulzura á su marido:

— Te pido que nada les hagan á los belgas.

Como si hubiera sido aquella frase de cristiana y de madre la señal que se esperaba, la multitud aulladora prorrumpió en aplausos.

— ¡Viva la señora!

— ¡Perdón!

— ¡Perdón para los belgas!

— ¡Presos!

— ¡Que vayan presos!

— ¡Viva doña Cholita!

La bendita matrona que había salvado tantas vidas, pasó blanca, limpia y serena, acompañada de sus hijos, y nosotros nos consideramos á salvo una vez más.

No corrió tan buena suerte el inspirador de aquellas



hazañas, el miedosísimo doctor Lejeune. Iba por la plaza cuando se encontró de manos á boca con el jinete que había sido recibido á tiros cuando iba á parlamentar. El chinaco estaba ebrio y sabía la participación de Lejeune en aquellas cosas.

— Doctor, le dijo deteniendo el caballo, ¿qué manera consideraría usted más expedita de matar á un hombre?

— Un tiro de revólver, respondió Lejeune, temblando de terror.

No había acabado de decirlo, cuando sonó un disparo que hizo caer muerto al desgraciado físico.



## CAPITULO V

### Prisionera

**L**OS vencedores tuvieron buen cuidado de quitarnos las armas y de colocarnos en fila; pero se olvidaron de algo que nos interesaba un poco más que todas aquellas operaciones; de darnos de comer y de beber. Y no era que desearan matarnos por inanición, sino que para hacer aquellas buenas obras tropezaban con una dificultad insoluble por el momento: la dificultad de contar las raciones. Dos coroneles barbudos, de chaparras de chivo, guangos á la cintura, sombreros aplastados y grandes puros en las sendas bocas, recorrieron las filas tratando de hacer una cuenta de nuestras personas; pero ¡ay! la operación elementalísima de la adición no era tan familiar para aquellos guerreros como la de herir y violar que practicaban á diario, y todo fué bulla y confusión durante un buen rato.